

Cuentos inéditos



VAL
McDERMID
DENNIS
LEHANE
JEROME
CHARYN

Este pequeño libro reúne tres cuentos: *Antes de conocer a Gwen* (de Dennis Lehane), *La rubia de consolación* (de Val McDermid) y *El amo de Sugar Hill* (de Jerome Charyn).

Título original: Until Gwen

Autor: Dennis Lehane

© 2004, Dennis Lehane

Traducción de María Vía

Título original: The Consolation Blonde

Autora: Val McDermid

© 2004, Val McDermid

Traducción de Esther Roig

Título original: The Lord of Sugar Hill

Autor: Jerome Charyn

© 2004, Jerome Charyn

Traducción de Pablo Álvarez

Primera edición: junio, 2004

Antes de conocer a Gwen

DENNIS LEHANE

Tu padre va a buscarte a la cárcel en un Dodge Neon robado, con tres gramos de cocaína en la guantera y una prostituta llamada Mandy en el asiento trasero. Dos minutos después de subir al coche, cuando la cárcel todavía cuelga inclinada en el retrovisor, Mandy te explica que solo se dedica a la prostitución a media jornada. El resto del tiempo, realiza trabajos sencillos de oficina en una cadena de vídeos independiente; además, dos domingos al mes, también se ocupa del bar del centro local para veteranos de guerra. Sin embargo, siente que su vocación... que la verdadera vocación de su vida... es escribir.

—¿Libros? —le preguntas.

—Sí, libros —responde. Luego suelta un bufido, en parte por divertida y en parte para esnifar la raya que tienes en la palma de la mano por la ventana izquierda de la nariz—. ¡Guiones! —le grita a la luz del techo, por alguna razón—. Ya sabes..., películas.

—Cuéntale la historia del santo psicótico —le sugiere tu padre—. Esa sí que me pone. —Tu padre te guiña el ojo por el espejo retrovisor, como si os estuviera llevando al baile de final de curso—. Venga. Cuéntasela.

—De acuerdo, de acuerdo —contesta ella.

Se da la vuelta en el asiento para mirarte de frente, y vuestras rodillas se tocan, y piensas en Gwen, en la mirada

que una vez te lanzó, nada especial, tan solo la forma en que te miró cuando, de pie en la puerta principal, te preguntó si habías visto sus llaves. Un momento totalmente digno de ser olvidado, a pesar de que te pasaste cuatro años en la cárcel recordándolo.

—... Así que, en su canonización —decía Mandy— como que sucede algo. Su espíritu regresa y entra en el cuerpo de un sacerdote. Pero ¿qué pasa? Que el sacerdote tiene un tumor cerebral. Él no sabe que lo tiene ni nada, pero... lo tiene en el maldito...

—¿Cerebro? —le preguntas tú.

—No, en sus pensamientos —replica ella—. Como decía, el espíritu del santo entra en su cuerpo y la cosa funciona, porque, aunque ese tipo era un santo, su espíritu como que se ha vuelto maligno, porque su alma ha desaparecido. De manera que el sacerdote se pasa el resto de la película intentando matar al Papa.

—¿Por qué?

—Limítate a escuchar —te indica tu padre—. La historia aún se vuelve más interesante.

Miras por la ventanilla. Ves un coche vacío aparcado en el arcén. Es de color *beige* y alguien ha pintado alas doradas a los lados, que se extienden por encima del parachoques delantero y de las puertas; hay un cartel encima del techo con varias palabras escritas, pero cuando se te ocurre preguntarte qué debe de poner, ya te has alejado demasiado.

—¿Sabes?, hay un grupo secreto que trabaja para el Vaticano... Y es como... como...

—Como el escuadrón de la muerte —dice tu padre.

—Eso es —asiente Mandy, y te presiona la nariz con el dedo—. Y el cabecilla, el agente que manda, por así decirlo, es el héroe. Perdió a su mujer y a su hija en un ataque terrorista al Vaticano hace unos cuantos años, y está un poco jodido, pero...

—¿Los terroristas atacaron el Vaticano? —le preguntas.

—¿Qué?

Te quedas mirándola, expectante. Tiene una cara pequeña, y los ojos demasiado pegados a la nariz.

—En la película —le explica Mandy—, no en la vida real.

—Ya entiendo, pero cuando alguien se pasa cuatro años encerrado se supone que se ha perdido un par de títulos...

—Está bien —dijo ella, con el rostro ensombrecido—. ¿Puedo terminar?

—Lo que quería decir —le explicas, al tiempo que esnifas otra raya—, es que incluso los tipos del corredor de la muerte se habrían enterado de una noticia así.

—Solo tienes que escuchar —dice tu padre—. No es la vida real.

Miras por la ventana y ves a un hombre, ataviado con un disfraz de gallina, recorriendo el arcén con una lata de gasolina en la mano. Piensas que la vida real no se parece a la vida de verdad, sino más bien a ese pobre desgraciado que se ha quedado sin gasolina mientras conducía un coche con alas pintadas; preguntándose cómo demonios había llegado hasta allí y a quién había hecho enfadar en alguna vida real anterior.

Una vez en el hotel, tu padre pide dos habitaciones para que podáis tener un poco de intimidad, pero te deshaces de Mandy cuando, por segunda vez, interrumpe la mamada que te está haciendo para pontificar las virtudes de las películas de Michael Bay.

Te sientas ante el parpadeante resplandor azulado del canal de deportes, comes cacahuetes del cucurucho de plástico que compraste en la máquina automática y bebes unos cuantos vasos —también de plástico— de la botella de *whisky* Jim Beam con la que tu padre te obsequió cuando llegasteis al aparcamiento. Piensas en el tiempo que has perdido y en lo agradable que es estar solo en una cama de matrimonio y mirar la televisión; también piensas en Gwen, y sientes su lengua durante un breve instante. Pien-

sas en el camino que esa noche te ha conducido hasta esa habitación de hotel, después de pasar cuarenta y siete meses en la cárcel, y crees que mucha gente diría que es un camino tortuoso, extraño, lleno de curvas. Sin embargo, tú lo consideras un camino tan bueno como cualquier otro. Lo recorres porque tienes esperanza, o porque no te queda más remedio y, mientras lo recorres, averiguas cómo es, e intuyes cómo será el final a medida que te acercas.

A la mañana siguiente, tu padre te despierta bastante tarde y te explica que ha llevado a Mandy a casa; te dice que tienes cosas que hacer, gente que ver.

Si hay algo que sabes con certeza acerca de tu padre es que la gente tiende a desaparecer en su compañía.

Es un ladrón profesional, carne de presidio, un experto en su campo; aun así, en su interior, hay algo que va más allá de la profesionalidad, algo irracionalmente arbitrario. Algo que guarda para sí mismo, como si fuera una historia que oyó contar en alguna ocasión, y con la que quizá se rio, pero que juró que nunca volvería a repetir.

—¿Estuvo contigo ayer por la noche? —le preguntas.

—Tú no la quisiste, y alguien tenía que volver a subirle la autoestima. Una pobre chica como esa.

—Pero la has llevado a casa, ¿verdad? —le preguntas.

—¿Es que hablo en chino?

Le miras fijamente durante un instante. Sus ojos son grandes e insulsos, tienen la inocencia cruel de un recién nacido. Nada se mueve en ellos, nada respira y, al cabo de un rato, le dices:

—Deja que me duche.

—A la mierda con la ducha —dice—. Ponte una gorra y vámonos.

De todas maneras, te duchas, solo por la sensación, otra de las cosas que, de haberlo pensado con antelación, te habrías dado cuenta de que ibas a echar de menos... De pie bajo la alcachofa de la ducha, sin nadie alrededor, todo

el agua caliente que quieres y durante todo el tiempo que quieres, champú que no huele a humo de fábrica.

Mientras te secas el pelo y te cepillas los dientes, oyes a tu padre cambiar de canal, sin detenerse en ninguno de ellos durante más de treinta segundos: Telecompras... zap. Jerry Springer... zap. Oprah Winfrey... zap. Voces de telenovela; música de telenovela... zap. Espectáculos acrobáticos con camiones... pausa. Anuncio... zap, zap, zap.

Envuelto en un halo de vapor, regresas a la habitación, coges los pantalones vaqueros de encima de la cama y te los pones.

—Creía que te habías ahogado —dice el viejo—. Pensaba que tendría que pasar el desatascador por el sumidero para sacarte de ahí dentro.

—¿Adónde vamos? —le preguntas.

—A dar una vuelta en coche —responde, encogiéndose de hombros, y quita el canal en el que dan dibujos animados.

—La última vez que me dijiste una cosa así, me pegaron dos tiros.

Tu padre se da la vuelta para mirarte, con unos ojos tan grandes y dulces como los de un niño de seis años.

—No fue el coche el que te disparó, ¿verdad que no?

Vas a casa de Gwen, pero ella ya no vive allí. Un par de niños negros juegan en el patio delantero, y la madre sale al porche para observar el extraño coche detenido delante de su casa.

—¿No lo dejaste aquí? —te pregunta tu padre.

—Que yo recuerde, no.

—Piensa.

—Es lo que estoy haciendo.

—Así que no lo dejaste aquí.

—Te lo acabo de decir... Que yo recuerde, no.

—Estás seguro.

—Bastante.

—Tenías una bala en la cabeza.

—Dos.

—Creía que una había rebotado.

—Cuando alguien te mete dos balas en la cabeza, viejo, no te fijas en los detalles —le explicas.

—¿Es así como funciona?

Cuando la mujer empieza a bajar los escalones de la entrada, tu padre se aleja de la acera.

La primera bala atravesó la ventanilla trasera, y Pete el Caballero, que se aguantó como el mejor, giró el volante hacia la derecha y acabó chocando contra la barrera de la salida de la autopista. Las bolsas de aire y los cilindros de agua estallaron, también estalló algo en la parte trasera de tu cabeza, mientras fragmentos de vidrio te llenaban la camisa. Gwen preguntaba: «¿Qué ha sucedido? Santo cielo. ¿Qué ha sucedido?».

La sacaste por la puerta trasera —a Gwen, a tu Gwen— y cruzasteis la vía de acceso; a continuación, os adentrasteis en el bosque y la segunda bala te alcanzó, pero tú seguiste avanzando, no sabes muy bien cómo, no sabes muy bien por qué, pues la sangre te bañaba el rostro y tenías la cabeza en llamas; ardía con una intensidad y una claridad tal que ni siquiera la lluvia fue capaz de refrescártela.

—¿Y no recuerdas nada más? —te pregunta tu padre.

Has recorrido la ciudad entera en coche: todas las calles, todos los caminos de tierra, todos y cada uno de los recovecos de Stuckley, Virginia occidental.

—No hasta que me dejó en el hospital.

—Eso sí que fue una estupidez.

—Creo recordar que, en ese momento, ya echaba sangre por la boca y hablaba de una forma rara.

—Sí, claro. Eso seguro que lo recuerdas.

—¿Me estás diciendo que, en todo este tiempo, nunca has hablado con Gwen?

—Como te expliqué hace tres años, esa chica desapareció.

Conoces a Gwen. Quieres a Gwen. Esa parte de la historia es difícil de aceptar. Ahí estaba Gwen, en tu coche, en los trigales, en la cama de su madre a media mañana, desnuda y trémula, y viste que una gota de sudor le caía del pelo y le resbalaba por la mejilla, mientras roncaba sobre tu omóplato, con la punta del pie apoyada bajo el empeine del tuyo; la miraste mientras dormía, tú estabas completamente despierto.

—Así pues, lo tiene ella —afirmas.

—No —replica el viejo, con cierto tono de irritación en su voz de peluche—. Esa noche me llamaste.

—¿Sí?

—Joder. Me llamaste desde la cabina de delante del hospital.

—¿Y qué te dije?

—Me dijiste: «Lo he escondido y está en un lugar seguro. Nadie sabe dónde está, excepto yo».

—Caramba —respondes—. ¿Te dije todo eso? ¿Qué te conté después?

El viejo meneó la cabeza.

—Para entonces, la policía ya te había detenido —respondió—. Te estaban llamando «cabronazo» y ordenando que colgaras el teléfono. Y lo colgaste.

El viejo aparca delante de un edificio bajo de ladrillo rojo situado en Oak Street, detrás de una tienda de neumáticos. Apaga el motor, sale del coche y tú le sigues. El edificio tiene dos plantas. Al otro lado de la calle hay un avalista, una ferretería, un establecimiento chino de comida para llevar que tiene las paredes del color de los dientes de un perro viejo y una peluquería llamada «Mi amiga me ha enganchado» que está repleta de mujeres negras. En la parte trasera, más allá de las blancas ventanas de lo que antes fuera una tintorería, hay una pequeña puerta negra con las

palabras «Expertos en Máxima Eficacia, S. A.» pintadas en el deslustrado cristal.

El viejo abre la puerta, te conduce a una sala de unos diez metros cuadrados que huele a pollo asado y a barniz, y tira del cordón que cuelga de una bombilla pelada. Miras a tu alrededor y ves que el suelo está cubierto de sobres y de papeles. El único mobiliario que hay en toda la sala es un escritorio roto que, con toda probabilidad, dejó el antiguo inquilino.

Tu padre se agacha y recoge los sobres que han tirado por la ranura, mientras aparta los papeles con el pie. Coges un trozo de papel y lo lees:

Muy señores míos:

Adjunto encontrarán un cheque por valor de cincuenta dólares. Espero recibir con prontitud la información de la que hablamos, así como también el modelo de examen. He adjuntado un sobre sellado con mis señas para facilitar el proceso. ¡Espero verles algún día en el aeropuerto!

Atentamente,

Jackson A. Willis

Dejaste caer el trozo de papel al suelo y cogiste otra carta:

A quien corresponda:

Hace dos meses, mandé un giro postal a su empresa por valor de cincuenta dólares para poder recibir la información pertinente y el modelo de examen. Deseo hacer los correspondientes exámenes estatales, obtener el título de agente de seguridad y cumplir mis deberes patrióticos en contra de Al Qaeda. Todavía no he recibido la información y, cuando llamo por teléfono, nadie contesta mis llamadas. Por favor, envíeme la

información para que pueda conseguir ese trabajo.

Reciba un atento saludo,

Edwin Voeguarde
12 Hinckley Street
Youngstown, OH 33415

También dejas caer esa carta al suelo, y ves que tu padre se sienta en un extremo del escritorio para abrir la correspondencia nueva con un cortaplumas. Lee algunas de las cartas y luego se limita a sacudirlas para hacer caer el cheque. Las demás las tira al suelo.

Sales del edificio, te vas a la tienda china y pides un vaso de Coca-Cola. A continuación, entras en la ferretería, compras una navaja y dos tubos de pegamento y regresas a la oficina de tu padre.

—¿Qué vendes ahora? —le preguntas.

—Trabajo de agente de seguridad de aeropuertos —te responde, todavía abriendo sobres—. Es un mercado floreciente. Todo el mundo quiere entrar. Consiste en detener a los malos antes de que suban al avión, en hacer todo el papeleo y en servir a tu país. Y, con un poco de suerte, conseguir que te destinen cerca de alguna cafetería Starbucks. Ya ves.

—¿Cuánto has ganado?

Tu padre se encoge de hombros, a pesar de que estás convencido de que ha contado hasta el último céntimo.

—No me ha ido mal. ¿Qué más podía hacer en esta ciudad de mierda durante los tres meses que te he estado esperando? Pero creo que ha llegado el momento de cerrar el negocio. —Levanta unos sesenta cheques—. Voy a canjearlos y a cerrar la cuenta. Aunque, los dos primeros meses... me llegaban entre mil y mil quinientos cheques por semana. Le doy gracias a Dios por ser tan selectivo con el tejido cerebral, ¿sabes?

—¿Por qué? —le preguntas.

—¿A qué te refieres?

—Te preguntaba por qué hace tres meses que vives aquí.

Tu padre deja de mirar el montón de cheques, entorna los ojos y responde:

—Porque quería prepararte un buen recibimiento.

—¿Has tardado tres meses en conseguir una botella de *whisky* y una prostituta que no sirve para nada?

Tu padre entorna los ojos de nuevo, y ves un rayo de luz color grisáceo entre tú y él. No es precisamente una luz, que digamos, y estás seguro de que no es el sol, sino tan solo una ráfaga de aire o algo así. Se balancea, tiene puntitos y, desde el otro lado, tu padre te mira como si no pudiera creer que seáis parientes.

Un minuto más tarde, tu padre responde:

—Sí.

En una ocasión, te contó que habías nacido en Nueva Jersey; sin embargo, otro día te explicó que era en México. Y otro, en Idaho. Unos cuantos meses antes de que te dispararan, cuando estaba borracho como una cuba, te confesó:

—No, no. Ahora te voy a decir la verdad. Naciste en Las Vegas. Es decir, en Nevada.

Te conectaste a Internet para ver si podías averiguar sobre ti mismo, pero nunca encontraste nada.

Tu madre murió cuando tenías siete años. Alguna vez has permanecido despierto y has intentado imaginar su rostro. Algunas noches, no ves absolutamente nada de ella. Otras, vislumbra sus ojos, o su mandíbula, o la ves al pie de su cama, poniéndose las medias y, de repente, aparece completamente vestida, completamente humana, y puedes olerla.

La mayoría de las veces, sin embargo, es algo intermedio. La ves sonriente, y después toda ella desaparece. Ves la espátula que solía sostener, y de la que gotea la masa para hacer tortitas; por alguna razón, tiene los ojos enrojecidos y la boca en forma de «O». Luego, su rostro desaparece y lo único que ves es el papel pintado de la pared.

Y la espátula.

Una vez le preguntaste a tu padre por qué no había ninguna fotografía de ella, por qué nunca le había hecho fotos, aunque fuera una única fotografía mala.

—¿Crees que eso le devolvería la vida? ¿De verdad lo piensas? Caramba —dijo, al tiempo que se frotaba la barbilla—. Eso sería estupendo.

—Olvidalo —le respondiste.

—Si tuviéramos un álbum lleno de fotos —prosiguió tu padre—, tal vez asomaría la cabeza de vez en cuando para prepararnos el desayuno.

Como has estado en la cárcel, ya estás fichado, pero incluso ellos han tenido que inventarse la información, y creer que te llamas así, como has tenido que hacer tú. No tienes cartilla de la seguridad social, ni partida de nacimiento, ni pasaporte. Jamás has tenido un trabajo fijo.

—Como no hay nadie que pueda decirte quién eres —le había dicho Gwen en una ocasión—, no necesitas que nadie te lo diga. Eres simplemente quien eres. Y eres hermoso.

Con Gwen eso solía ser suficiente. No tenías ninguna necesidad de sentirte definido... por tu padre, por tu madre, por un lugar de nacimiento, por el nombre de una tarjeta de crédito, por el carné de conducir, por el margen izquierdo superior de un talón. Si a ella le bastaba aceptar la definición que hacía de ti, a ti también te bastaba.

Te ves a ti mismo en un trigal de Nebraska. Tienes diecisiete años, y ya hace cinco que aprendiste a conducir. Fuiste al colegio una vez, cuando tenías ocho años, asististe a la escuela durante dos meses. Sin embargo, lees bien, sabes

multiplicar mentalmente cifras de tres números —mucho más rápido que la calculadora— y has recorrido el país con tu padre. Has descubierto que la gente no es tan lista. Y también has aprendido a falsificar números de lotería, a engañar a la gente en la calle y a conseguir comida gratis con un ligero movimiento de tus ojos castaños. Has aprendido que, si pones un billete de diez dólares delante de un desconocido, y juegas bien tus cartas, te pagará veinte para poder coger el de diez. Has aprendido que toda buena mentira tiene elementos de verdad, y que todas las verdades aceptadas traslucen mentiras.

Tienes diecisiete años y estás en aquel trigal. La brisa nocturna huele a madera quemada y, mientras ella te aparta el flequillo de la frente, tienes la sensación de que tiene los dedos secos. Lo recuerdas todo acerca de esa noche, ya que esa fue la noche en la que conociste a Gwen. Faltan dos años para que vayas a la cárcel y sientes que, al final, alguien te ha dado permiso para vivir.

Esto es lo que muy poca gente sabe acerca de Stuckley, Virginia Occidental: de vez en cuando, alguien encuentra un diamante. Estaban en un avión que cayó durante una tormenta en el año 1951, cuando ya había recorrido la mayor parte del trayecto. El avión, que sobrevolaba la costa oriental en dirección a Miami y que contenía un cajón lleno de piedras preciosas israelíes, se estrelló contra una mina de carbón, incendió el pozo número tres y se cobró la vida de unos cuantos mineros que estaban cambiando de turno. El gobierno se presentó con algunos miembros de un consorcio internacional de piedras preciosas y, tras sacar los cadáveres, empezaron a buscar los diamantes. Encontraron a casi todos, por lo menos, eso afirmaron, pero durante las décadas posteriores circularon rumores, que se vieron confirmados cada vez que aparecía un minero, con la cara aún ennegrecida por la mina, recorriendo la ciudad a toda velocidad en un Cadillac.